

vo contra otros pueblos. Cuando los yanquis patrocinaron la invasión de Bahía de los Cochinos, los burócratas eludieron pronunciarse contra ese ataque imperialista a un país hermano y liberado. Cuando la crisis del Caribe, en que Cuba afrontó una situación ó amática y nuestros gorilas se hicieron presentes para ayudar al más grande imperio de la tierra a ejercer su potencia contra una minúscula isla de heroicos hermanos nuestros, nuestra burocracia no se sintió obligada a pro testar. En seis años de esa lucha, los cubanos no recibieron la solidaridad y el apoyo moral de nuestros burócratas a pesar que el general Perón en varios documentos, planteó la "solidaridad activa" con los movimientos de liberación y mencionó expresamente el caso Cuba. A pesar de que es el único país de América que invitó a Perón y cuyas puertas permanecen abiertas para él. (1) Decir que eso es cobardía, temor a irritar a los "factores de poder" es poco: eso es traición. Ni la lucha de los colonos contra los colonizadores, ni la del pueblo vietnamés contra los títeres de norteamérica, ni la de los guerrilleros venezolanos, en fin, nada los conmueve. Esos "factores de poder" que se busca siempre no irritar acaban de reaccionar ante el viaje de Perón amparados por todo el frente reaccionario mundial, mientras que nosotros debido a la insensibilidad de nuestros representantes oficiales, estamos ausentes del frente revolucionario mundial. Pequeñas tretas de err os muertos de miedo, víctimas del terrorismo ideológico, temblando ante la verdad y ante las palabras. Administran el silencio y el equívoco, temen que el régimen los acuse de comunistas, pero no temen que se los acuse de cipayos.

La masa a visto que los poderes del capitalismo actúan concertadamente en todo el mundo; está viendo cuan necesaria es la solidaridad entre los pueblos hermanos y de los países unidos en la lucha común contra la opresión. La "Operación Retorno" hadesnudado también los alcances de la política de alagar al enemigo y darle la espalda a los hermanos.

EL PAPEL DE LAS FUERZAS ARMADAS

Ninguna especulación de ventajas políticas justifica el abandono de los principios: una política burguesa uede carecer de base moral; una política revolucionaria, nunca. Ignoro de qué se habla, qué promesas se entrecruzan en las entrevistas entre dirigentes peronistas y jefes militares; tampoco me interesa saberlo. Pero las ilusiones que den nacimiento jamás pueden compensar los perjuicios de exceder los límites, bastante amplios y flexibles, de los compromisos tácticos compatibles con una línea sin abdicaciones.

(1) Después de pronunciada, el Primer Ministro Cubano, comandante Fidel Castro, ratificó la decisión a que se refiere el Dr. Cooke anunciando que el general Perón sería "bienvenido a Cuba, que lo recibiría como un refugiado, como turista o como asilado".

Pero ubicándonos en el terreno de lo exclusivamente práctico en que acost. bran a moverse los burócratas, la "Operación Retorno" permite apreciar qué consiguieron para el Movimiento al precio de comprometer la dignidad de éste tanto con algunas actitudes como con algunos silencios y omisiones.

Lo característico es que el tema de las Fuerzas Armadas se eluda, o que se toque en forma que no las irrite. Algunos porque quieren granjearse la buena voluntad de ese factor decisivo de nuestra vida política; otros, aunque no esperan ningún apoyo de ellas, temen que ejerzan el derecho no escrito de veto de que disponen; otros por temor a su fuerza. Nosotros no equivocaremos este tema peligroso; y así como no aceptamos que el estudiantado o el peronismo, sean entidades con atributos invariables, denunciemos la farsa generalizada de atribuir a las Fuerzas Armadas determinados atributos que serían de su esencia, hagan lo que hagan o sean quienes sean sus integrantes.

Las Fuerzas Armadas, como toda institución, están formadas y dirigidas por hombres, y según éstos procedan, así será el juicio que corresponda, sin que los méritos de otrora cancelen los vicios de hoy, ni éstos disminuyan aquéllos. Nadie podrá convencerme que el Ejército de San Martín y de Dorrego es también el Ejército del Conintes y las torturas y la represión; o que la gloria ^{antepasados} de nuestros conquistaron con la lanza cubra ahora el manejo de la picana o se empañe por la actividad represiva de ahora.

Ya hemos expresado el concepto que nos merecen los partidos políticos tradicionales. Pero no vemos qué títulos tienen los militares para enjuiciarlos y adoptar aires de superioridad ante ellos, como no sea la sensación de considerarse parte de una casta cuyos cuadros superiores se comportan como si fuesen príncipes de la sangre. Desde 1955, el Ejército es un partido más, el partido continuo del régimen, el partido con la máxima capacidad de violencia en una fase histórica en que la institucionalidad democrático-representativa ya no funciona y todo es acción directa. Si la democracia funcionase, el Peronismo sería gobierno; cosa que no sucede -para beneficio de todos los partidos- porque el partido fuerte, las Fuerzas Armadas, se lo impiden mediante la acción directa.

Las Fuerzas Armadas ya no son un órgano del Estado; son una fuerza, un poder del Estado, que lo vertebran y dirigen, supliendo con su potencial armado la debilidad de los restantes partidos, anacrónicos ideológica y funcionalmente. Hay una patria prisionera, y otra patria sobreimpresa, hecha de desfiles y fanfarrias y arengas occidentalistas, que se reduce a la adoración de símbolos de otros símbolos, un juego de abstracciones y fantasmas para que no aparezcan los hombres de carne y hueso ni se oiga su clamor. ¿Puede haber patria sin soberanía? ¿Soberanía sin liberarnos del imperialismo? ¿Desarrollo sin autodeterminación? Eso pueden creerlo quienes están bajo el influ

flujo de las hechicerías frigeristas o de similares desarrollos que proliferan en todas las corrientes burguesas.

El fetichismo técnico debía prender fácilmente en instituciones que operan con el utilaje bélico y a las FFAA les sirve como coartado o como escape. Pero los problemas del desarrollo son parte del problema nacional, que se resuelve a nivel político y no a nivel técnico. Las decisiones no son técnicas en ningún caso: la aparente neutralidad de la técnica envuelve decisiones políticas, que el pueblo no puede adoptar porque está privado de la facultad de resolver su destino.

Nosotros no somos antimilitaristas: somos pro-nacionales, patrióticos, y juzgamos al Ejército por el papel que juega.

A diferencia de los antimilitaristas sistemáticos que trasladaron valoraciones que no correspondían a nuestra circunstancia histórica, reconocemos el papel progresista que pueden tener las Fuerzas Armadas en un país subdesarrollado y apreciamos la obra de los jefes como Mosconi, Baldrich, Savio, en defensa de los intereses nacionales, como así también reconocemos que el ejército, en 1945, fue un factor de avanzada que se proponía tareas y planteaba problemas que hacían a nuestra independencia económica y política. Ese concepto cambia cuando, a partir de 1955, la posición del Ejército también cambia, y pasa a convertirse en el eje de la política reaccionaria. Una modificación de ese comportamiento, haría variar, de más está decirlo, nuestro juicio. Aunque hay razones objetivas que nos llevan a suponer, sin que pueda imputársenos un pesimismo catastrófico, que esa hipótesis ya no es posible.

Algunos sectores antiliberales de derecha cultivan amorosamente el mito de las fuerzas armadas como depositarias de valores que, por perversas maquinaciones de los políticos, no gravitan actualmente en forma decisiva, pero terminarán por prevalecer pese a todo. Es que el Ejército, última institución jerarquizada en una sociedad cuyas jerarquías están en crisis, es la garantía final del statu quo, tanto bajo su forma liberal como bajo formas paternalistas o fascistizantes.

El Ejército lo satisface adoptando la defensa de lo "nacional" entendido como lo opuesto a lo "revolucionario". El pueblo, por consiguiente, está reducido a ser víctima resignada o a ser "subersivo" en cuanto se revela contra la explotación y la servidumbre imperialista. Es decir: en cuanto, mediante su acción, intenta que la Argentina se realice como Nación, para lo cual debe luchar contra el Ejército, que ya no defiende la soberanía del país sino que defiende la "frontera interna" del imperialismo, de acuerdo a la teoría adoptada de la "guerra subversiva". Entonces, el "enemigo" ya no es el invasor potencial: somos nosotros. Los oficiales aprenden en los ejércitos de las potencias coloniales, las técnicas para enfrentar a los movimientos de liberación nacional, para aplicarlas al pueblo argentino cuando intente liberarse.

Al adscribirse a la teoría de la "guerra subversiva" el Ejército constituye, no sólo el puntal del régimen imperante internamente, sino el instrumento de la dominación imperialista en nuestra propia tierra. Y no lo hemos de juzgar, por más fuerza que tenga, por más represalias que pueda descargar sobre nosotros, por lo que dice ser y valer, sino por lo que es en realidad.

Esa fuerza material es lo que le da prestigio ante quienes se sienten defendidos por ella, lo que inspira el prudente respeto de muchos que no desean sufrirla en carne propia. Desde que se constituyó en guardián de la "frontera interna", el militar renunció a lo que antes le confería una aureola de prestigio; era el encargado, en caso de que la patria fuese agredida, de morir defendiéndola. Ya ha perdido ese juicio favorable, desde que no ha de morir por nosotros, sino por la oligarquía y el imperialismo combatiendo contra el pueblo argentino.

Desde que el Ejército es el árbitro de la situación política, muchos burócratas, que siempre están inventándose atajos hacia el poder porque son incapaces de proponerse la dura y abnegada vía de la revolución, sueñan con el golpismo salvador y fulminante. Negocian, halagan, tratan de presentarse como intermediarios que aseguren la adaptación del peronismo a los esquemas mentales de la oficialidad, explican que hay sectores proclives al entendimiento con nosotros. Hasta ahora, jamás el Movimiento ha tenido pruebas de que exista esa coalición de corazones tiernos, aunque a esa posibilidad se han sacrificado deberes inexcusables en una dirección de masas.

El máximo de "comprensión" que se nos demostró es regalarnos el uso de los derechos que en teoría tienen los ciudadanos argentinos, a condición de convertirnos en neoperonistas, vale decir, en planta híbrida que vegeta junto a la flora anémica del partidismo burgués.

Desde que la "Operación Retorno" cobró verosimilitud hasta que se concretó en el viaje reciente, ese papel del Ejército que no se quería reconocer y que se evitaba por todos los medios que el pueblo comprendiese, se presentó sin velos ni disimulos: declaraciones de las tres armas, planes asesinos, golpes reparadores, a todo estaban dispuestos a recurrir las fuerzas armadas, sin que trascendiese una sola disidencia. Más vale que el pueblo se haya visto ante la necesidad de aceptar con realismo que en el camino de sus objetivos se interpondrá, siempre, el poder militar, y debe formular su estrategia tomando en cuenta ese dato de la realidad.

Ha quedado demostrado, para quienes no desean autoengañarse, QUE LA DIFERENCIA ENTRE UN MILITAR COLORADO Y UN MILITAR AZUL CONSISTE EN QUE EL COLORADO ES UN CIPAYO Y UN VERDUGO LAS VEINTICUATRO HORAS DEL DIA Y TODOS LOS DIAS, MIENTRAS

QUE EL AZUL ES UN CIPAYO Y UN VERDUGO SOLAMENTE CUANDO HACE FALTA.

LAS CAUSAS DE LA HISTERIA

El odio contra Perón, como persona, ha sido cultivado sin descanso y es de esperar que tome formas exacerbadas. Pero eso explica parte de la histeria que despierta y no las razones más amplias y profundas. Perón es el símbolo que congrega la resistencia al régimen. Perón en el país, o cerca del país, es un factor de desarrollo de la conciencia y de la combatividad revolucionaria de las masas. Perón considerado al margen de las masas que lo siguen, no sería motivo de la alarma, y hasta el odio que despierta en las fuerzas oligárquicas perdería las razones que lo mantienen vivo y beligerante; su viaje no hubiese sido motivo de zozobra sino oportunidad para la venganza y la crueldad con el enemigo indefenso. La relación Perón-masas es la que, durante nueve años, se ha intentado destruir en vano.

Lo que los militares proclaman brutalmente, los políticos exponen con sutileza y disimulo. Los peronistas no son el blanco de la hostilidad y la persecución, sino el peronismo. Como ciudadanos dispersos, por cierto que se nos acepta: lo inadmisibile es que actuemos como fuerza organizada y cohesionada, que peronismo y antiperonismo sean, en esta etapa, la forma en que se da políticamente la lucha de clases. Los políticos que dicen respetarnos y proclaman su adhesión a la causa de la personalidad humana, nos piden, sin embargo, que renunciemos a nuestra militancia política, que es uno de los derechos primordiales de la persona.

Nos quieren sometidos, no como somos, sino como seríamos si renegásemos de nuestras convicciones. Perón es el factor unitivo y el símbolo de esa resistencia, y como tal fue atajado, como tal despierta toda la malignidad y bajeza del régimen. Declaraciones y editoriales cipayos declararon que no se permitirá la vuelta al régimen depuesto en setiembre de 1955; omitieron el pequeño detalle que el Retorno no era a ese régimen sino el regreso de una persona a su país, pero tras ese barullo malintencionado podemos captar el pánico de las clases jaqueadas aferrándose a la posesión del país para seguir corroyéndolo como alimañas.

La proximidad de Perón acrecía las posibilidades del peronismo para encontrar las condiciones de la victoria. Ante eso se provocó una reacción que es la mejor respuesta a quienes creen que el peronismo -mientras mantenga su vigencia- puede ser admitido en la lucha democrática por el poder. Se nos dio otra prueba de que el peronismo es incompatible con el régimen, punto que muchos burócratas están dispuestos a conceder teóricamente, pero sin extraer las conclusiones correspondientes, como ser, que esa incompatibilidad es reversible y nos impide admitir sus estructuras económicas y sus superes-

estructuras políticas.

La "Operación Retorno" hirió de muerte al reformismo burocrático, empeñado en convencer a las fuerzas tradicionales de que sólo nos separan de ellas, la incomprensión y los malos entendidos. No es así como se nos vé, y con sobrado fundamento: somos diferentes, más aún, antagónicos. No aspirantes que hacen méritos para ser admitidos en el juego burgués de la lucha por el poder, sino el agrupamiento de las clases que necesitan destruir esos mecanismos y suplantar esa sociedad.

Otra lección clarita, objetiva y concluyente que brindó a nuestro pueblo la "Operación Retorno", es la unidad de las fuerzas proimperialistas en escala universal y continental, así como la unidad oligárquico-imperialista en el orden interno del país.

Demostró que la perspectiva de que venga Perón y desate procesos revolucionarios en las masas convierte el mosaico de los partidos en pugna en un sólido haz, unido tras las fuerzas pretorianas.

Y mostró algo que, siendo una modalidad más o menos constante de las fuerzas imperantes, se agudizó y fue en aumento desde que, meses atrás, se anunció el regreso de Perón. En los editoriales de los diarios, en los discursos de las figuras patricias y de los tribunos políticos, en las declaraciones oficiales y de las fuerzas armadas, nos vienen diciendo: "el país no permitirá el retorno del tirano prófugo...", "la Nación no tolerará el regreso a sistemas superados...", "el pueblo ya ha pronunciado su palabra...", "la Historia ha dado su fallo definitivo...", etc. Quiere decir que el país, la Nación, el pueblo, la Historia, son ellos; nosotros somos el residuo, lo que sobra. Ellos son los mandatarios, por derecho sagrado, de la Argentina; nosotros somos los parias.

Pero los parias de la India, intocables de la última categoría, aceptaban durante años y años su condición de excluidos, mientras que el peronismo es la resistencia a aceptar este estado de cosas. El régimen retiene el poder, pero la presencia del peronismo le impide hacerlo funcionar plácidamente. Lo hostiga, lo combate, lo acecha. Es positivo todo lo que tienda a mantenerlo en esa combatividad constante y a sobrepasar teórica y organizativamente su situación actual, para dar efectividad a sus aspiraciones al poder. Es nefasto, lo que fomenta la autocomplacencia, la conformidad con el grado alcanzado como agrupamiento de masas, el blando conformismo que hace descuidar el perfeccionamiento constante.

El peronismo no responde a ningún decreto de la Providencia que le asegure el triunfo y lo proteja de las fuerzas de desintegración. Tal como hemos afirmado con respecto a cualquier empresa humana, el peronismo no tiene otros valores que los que va creando con su acción y debe irse superando pa

ra estar a la altura de la misión histórica que recae sobre él. Si no lo hiciese, no por eso se detendrá el proceso popular -otras organizaciones nos suplantarán-, pero se retrasará tal vez por muchos años.

El burocratismo reformista nos quiere empujar a cambiar ese destino por la participación marginal en el reparto de las posiciones del gobierno político, donde se nos concederán mayores prerrogativas a medida que nos vayamos degradando como intérpretes de las capas desposeídas: obtendremos la libertad a condición de que no nos sirva.

El golpismo, aunque presupone la violencia que el reformismo elimina, tiene su misma filiación. El reformismo nos lleva a remolque del régimen como pálidos espectros; el golpismo nos lleva a la zaga de determinados grupos militares que también actúan dentro del régimen. En ambos casos, nuestra posición es subordinada a fines ajenos. El golpismo nos expone a todos los riesgos de la aventura militar sin tener la compensación de ser nosotros quienes la conduzcamos.

Las formas de violencia aislada que preconizan grupos sin organización adecuada ni teoría correcta ni estrategia acertada, encierran peligros que van desde servir -sin que sus militantes tengan conciencia de ello- de tropa de choque utilizada por intereses que generalmente la dirigen por control remoto, hasta prestarse a la provocación cuando el régimen necesita justificar represiones. Y malogrando, frecuentemente, cuadros revolucionarios que hubiesen sido valiosos de haber podido discernir entre empresa revolucionaria y aventurerismo.

Entre las diversas posiciones que venimos enumerando, deseo detenerme brevemente en una que eventualmente ejerce atractivo sobre ciertos sectores del movimiento: la que tiene por principal exponente al Dr. Matera. Este propone, en síntesis, la necesidad del "diálogo", la posibilidad de la "convivencia" y preconiza una "revolución pacífica".

La única manera en que puede proponerse en la Argentina una "revolución pacífica" es definiendo como "revolución" lo que no es tal cosa. El Dr. Matera es honesto consigo mismo: cree que determinados cambios -impulsados por la Alianza para el Progreso, el imperialismo a la Kennedy- y algunas mejoras obtenidas mediante la convivencia democrática son la revolución. Y, efectivamente, para una "revolución" tan exigua, no vale la pena apelar a la violencia. Pero si por revolución entendemos un cambio total que suprima la explotación del hombre por el hombre y realizarnos como país soberano, entonces no se puede lograr ni evolutivamente ni por pactos ni por acuerdos generales. Sólo la violencia la hará posible.

La "conciliación" trasladada al plano de lo subjetivo, de la "buena voluntad general", lo que son contradicciones de la sociedad; y en lugar de terminar con esa sociedad dividida

en clases, nos propone arreglos por encima de las clases, sin suprimirlas. Como si de esa división en clases no naciesen las desigualdades. Como si las relaciones entre clases no fuesen relaciones entre hombres, en que unos son oprimidos y otros son opresores, sino una de las tantas formas de agrupamiento que suelen adoptar los miembros de una comunidad.

Una manera de desechar los grandes cambios es este apego a los cambios pequeños, característico de todo pensamiento burgués.

Hemos dicho que la "Operación Retorno" cierra las esperanzas de cuantos creían en el "diálogo". O el peronismo se realiza como movimiento revolucionario, o está fracasado como posibilidad argentina de futuro.

La astucia de los neoperonistas consiste en sacar la conclusión contraria: el "fracaso" del operativo retornista re sentiría la jefatura de Perón, y sobre ese vacío de poder el neoperonismo, concurrencista y legalizado, ofrece una canalización a nuestras masas. En alguna proporción, ello puede ocurrir; pero esa canalización sería para expresarse electoralmente en comicios parciales, no para obtener el poder y desde él procurar soluciones a los grandes problemas.

Consecuencia de la anterior premisa, se enuncia la hipótesis de que el diálogo, que es imposible para Perón, ¿por qué ha de serlo también para Matera? A partir de esa apertura se hacen múltiples conjeturas, entre las cuales no debe descartarse la de que en alguna coyuntura futura puedan crearse las condiciones para una salida frentista de esa índole con los factores de poder debidamente tranquilizados con respecto a los fines pacíficos del Movimiento.

Lo que ocurre es que ésta no sería una respuesta a los interrogantes nacionales. No es que de esa forma se planteen mal; es que ni siquiera se plantean.

Efectivamente, las fuerzas dirigentes no tienen para el diálogo con el Dr. Matera la actitud de total rechazo que tienen para todo contacto con Perón, por la sencilla razón de que éste es un factor de la revolución y aquél un factor para evitarla. Mientras Perón viva, el Dr. Matera podrá dialogar, pero tendrá muy poco que ofrecer a sus interlocutores. Y, desparecido Perón, el Dr. Matera, aun admitiendo que pudiera ser circunstancialmente respaldado popularmente para el "arreglo", aún así no sería la solución del problema sino una breve postergación del mismo, porque no podría ir más allá de ese supuesto episodio electoral. Las masas seguirían con sus reivindicaciones irresueltas, la revolución que hoy es imprescindible lo sería mucho más aún entonces.

La desaparición del general Perón dejaría vacante una jefatura revolucionaria, que jamás podrá asumir un titular reformista.

LOS FUNDAMENTOS DE LA VIOLENCIA

Todo movimiento revolucionario se debe proponer la toma del poder. No es una suma de rebeldías aisladas sino la estructuración de las rebeldías populares en torno a formas revolucionarias, lo cual implica teoría, organización y métodos revolucionarios. Generalizando la experiencia que vivimos, diría que la crisis del movimiento popular argentino es la crisis del peronismo como organización revolucionaria. En el partido revolucionario la historia se hace conciencia, la experiencia se transforma en teoría, las voluntades dispersas se aúnan organizativamente. El peronismo es revolucionario, pero no está organizado adecuadamente para las tareas revolucionarias. Por eso sus mejores jornadas son producto del espontaneísmo, que la burocracia no ha conseguido matar, pero que debe ser su perado por la estrategia del partido revolucionario.

El Partido Justicialista no puede reemplazar al partido revolucionario, con el cual no tiene parecido. El Partido Justicialista es la organización legal del Movimiento para actuar en uno de los frentes, así como los organismos gremiales son organizaciones para actuar en el frente del trabajo. El partido revolucionario comprende a uno y a otros, pero englobándolos en una estructura más amplia e integrándolos a estrategias globales.

Las actividades legales no pueden ser despreciadas, como algunos pretenden. Lo malo es que, no estando integradas al servicio de una estrategia general, tienden a perder su carácter táctico para convertirse en un fin en si mismas, metiendo al Movimiento en el callejón sin salida del electoralismo; que, para cualquiera que conozca la realidad argentina, es inapto para alcanzar los objetivos buscados.

El partido revolucionario combina todas las formas de lucha, las aprovecha a todas, porque no confunde tácticas con estrategia, objetivos inmediatos con objetivos fundamentales.

La teoría revolucionaria comprende la teoría de la violencia, para que no ocurran los desastres de la violencia sin teoría del aventurerismo o se incurra en errores de concepto como los del reformismo.

Por ejemplo, el Dr. Matera nos habla de la "revolución pacífica", porque cree que la violencia empieza cuando nos alzamos insurreccionalmente. Pero el que algunos tengan mucho y otros no tengan nada, ¿acaso no es un hecho de violencia? La desnutrición infantil en el Norte argentino, a la que se refirió hace poco, ¿cree que no es un hecho de violencia? La opresión no es una fatalidad que nos llega del cielo: la opresión es algo que unos hombres les hacen a otros hombres. No es una situación de la que nadie sea responsable: es responsable el régimen, son responsables los hombres del régimen, los que la implantan, los que la consienten y los que se benefician con e

lla. Es responsable el imperialismo y todos cuantos lo sirven en el país. Si en el Noroeste hay una mortalidad infantil altísima -del 460 por mil- eso no ocurre porque sí, sino porque hay hombres que han creado las condiciones para ello y hombres que son cómplices porque las aceptan.

Ante la explotación y la miseria, el revolucionario no se limita a protestas teóricas o a prometer que en algún futuro remoto todo ha de arreglarse; sabe de dónde proviene la opresión, conoce sus raíces, y entonces no puede ser tranquilo, ni conciliador, ni apóstol de la conciliación, ni partidario del diálogo, como un caballero tratando con otro caballero. Esas son valoraciones burguesas: nosotros somos peronistas, no caballeros. No nos regimos por formulismos establecidos. Respetamos al hombre como tal, y no lo queremos ver oprimido; no aceptamos las reglas de juego del régimen, porque es él el responsable, el sistema capitalista y la dependencia del imperialismo, la causa primordial de nuestros males.

Condolerse por las condiciones de los niños nortños es lo que viene haciendo la oligarquía desde hace cien años. El que realmente lo sienta, que tome parte en la lucha. No con llamados a la buena voluntad de los opresores, sino armando el brazo de los oprimidos, dándoles conciencia de su opresión y de las causas y despertando su voluntad para buscar la libertad. Por eso la revolución pacífica del Dr. Matera no existe. No solamente porque los objetivos que se propone no son revolucionarios, sino además porque no hay cambios pacíficos, ya que la opresión y la explotación son, de por sí, ejercicios de la violencia. Es falsa la elección entre violencia y no-violencia: lo que se debe resolver es si se ha de oponer a la violencia de los opresores la violencia libertadora de los oprimidos.

Por eso los que vienen con revolucionarismos abstractos, anunciando baños de sangre y declarando la guerra civil porque sí y ante sí, también están lejos de la violencia revolucionaria, que presupone la moral. El revolucionario no desprecia la moral: desprecia la ética del régimen para sustituirla por la ética de la solidaridad revolucionaria.

La violencia revolucionaria no es como la del régimen, una violencia mecánica, violencia en sí misma, sino con base ideológica y moral. Porque no se puede exponer a un ser humano a la cárcel -y tal vez a la muerte- sino conmoviéndolo como conciencia individual, como parte de la conciencia colectiva. Es violencia contra los enemigos de los seres humanos; o sea, es amor a los hombres que se traduce en odio a quienes causan su desgracia. Los que aman a los hombres pero se niegan a pronunciarse contra los responsables de su opresión, son conciencias muertas: que se vayan a predicar su mustio evangelio por ahí, pero que no vengán a presentarse como dirigentes revolucionarios.

Así como los que creen que puede haber nacionalismo sin antiimperialismo. La patria es proyecto, es movimiento.

Quererla es no resignarse a la ignominia presente, a estos militares que nos tienen metidos en una guerra que no es la nuestra, como parte de un frente occidental que tampoco es el nuestro. La patria es sentido del futuro, es posibilidad de construirnos como nación, como parte de la revolución latinoamericana, como parte del frente revolucionario mundial.

LLAMADO A LAS TAREAS REVOLUCIONARIAS

Por todo esto digo que el Retorno ha dejado muchas enseñanzas, objetivando ante el pueblo argentino verdades que había interesados en desfigurar o embarullar. La "Operación Retorno" no fracasó: cuanto más, una tentativa determinada salió mal, pero el régimen se presentó tal cual es, mostró sus raíces violentas, su miedo, su impotencia, su pasaje de la bur la soez al pavor (y hoy, supongo, a la compadrada radical).

Si algunos de los participantes en la operación nos merecen reparos, si alguno merece nuestro franco repudio, eso es lo secundario, lo que no debe interferir en nuestro balance. Seguramente por no evitar esa confusión de lo circunstancial y minúsculo con lo sustantivo y fundamental, es que se ha ya incurrido en algún error al plantearse integralmente la operación. Quiero decir que se especuló, en algún aspecto de la misma, con la buena voluntad que fuerzas del régimen dispensan a la burocracia, pero que no pueden extender a Perón. Se estimó a Perón y al pueblo de acuerdo con la visión que tiene la burocracia del movimiento, pero la oligarquía, que nos mira con los ojos del miedo, vio el peligro que ella y el imperia- lismo corrían, por el simple hecho de que Perón estuviera en medio de su pueblo.

El intento ya fue suficiente como estímulo y como avance del pueblo hacia la comprensión de que es imprescindible que el peronismo evolucione hasta estructurarse de manera que su potencial revolucionario alcance su máximo desarrollo y cumpla cada vez con mayor eficacia su función de vanguardia en la lucha popular.

Para esa lucha, llamamos a todos: a los que quieran formar en las filas peronistas y a los que no deseen hacerlo, pero se sientan identificados con nuestro propósito. La acción revolucionaria no rechaza a nadie: llama a todos. No es mezquina como la de los burócratas; no es sectaria e insensata, como la de los seudorevolucionarios. No teme a la capacidad de los grupos intelectuales sino que los llama, porque necesita de todos los esfuerzos. Porque no se cierra a nadie que venga con buena voluntad.

Los que hayan sacado balance correcto de la "Operación Retorno" habrán comprendido que la Revolución Argentina pasa por el peronismo, lo tiene como centro, aunque no como único participante. Habrán visto que la unidad de los opresores hace imperativa la unidad de los que combaten a la opresión. La li-

beración será tarea colectiva de aquéllos a quienes se ha que
rido reducir a muchedumbre sin voz, mano de obra en la paz y
carne de cañón en la guerra. La clase trabajadora argentina
hallará, más tarde o más temprano, la oportunidad y la forma
para conducir victoriosamente la indomada vocación de la comu
nidad argentina para realizarse como destino nacional.

(Conferencia pronunciada por el Dr. JOHN
WILLIAM COOKE, en Córdoba, el 4 de Diciem-
bre de 1964)

EDICIONES SEGUNDA ETAPA

Precio del ejemplar: \$ 30 m/n.

Correspondencia y giros a
Casilla de Correos 3803
Correo Central. Buenos Aires